

Exploraciones en Palenque

Alfred Percival Maudslay

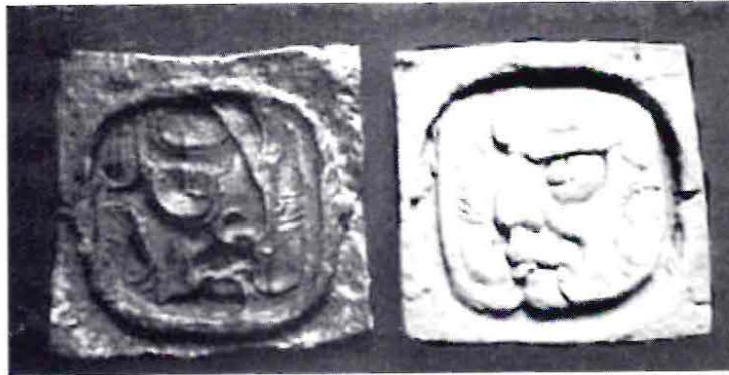


En 1889, Maudslay eliminó la mayor parte de la maleza que cubría el Palacio de Palenque y llevó a cabo un minucioso registro fotográfico y descriptivo del conjunto. Lado norte de la Torre, peculiar construcción de tres niveles, donde el arqueólogo británico aparece posando frente a uno de los vanos.

El 20 de febrero, Gorgonio, José Domingo y Caralampio López llegaron a Palenque después de un viaje a caballo desde Guatemala y de inmediato nos pusimos a trabajar haciendo moldes de papel de las inscripciones; al cabo de tres semanas, muchos moldes estaban ya secos y almacenados en uno de los templos, y los que se estaban haciendo estaban pegados a las piedras esculpidas, cuando una noche, ya tarde, empezó a

caer una fuerte tormenta. En la oscuridad era imposible llegar hasta el templo donde estaban guardados los moldes, pues todo el espacio intermedio estaba cubierto de árboles talados y aun en el día era una gimnasia pesada ir de un edificio a otro. Cuando se hizo de día y pudimos llegar hasta el templo, vimos que las cubiertas impermeables con las que habíamos tapado los moldes no habían bastado para protegerlos de la fuerte lluvia y que la

* Nota de los editores. El presente texto de Maudslay es un extracto de su obra *Un vistazo a Guatemala y algunas notas sobre los monumentos antiguos de Centroamérica*, publicada en Inglaterra, en 1899. Fue tomado del libro de Martha Poblett *Narraciones chiapanecas. Viajeros extranjeros en Palenque, siglos XVIII y XIX*, Gobierno del Estado de Chiapas, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Chiapas, 1999, p. 209-215.



Molde original de Maudslay, elaborado con papel maché, y reproducción reciente de un cartucho glífico ubicado sobre la Pilastra C de la Casa A del Palacio. Muestra la expresión *Naah K'in*, "Primer Sol".

mitad se había transformado en una masa pastosa, mientras que los que estaban haciéndose se habían deslavado casi por completo. Todo el día siguió lloviendo, los cuartos en los que vivíamos estaban parcialmente inundados, el agua escurría de las paredes y el techo goteaba por todas partes. No fue sino hasta el día siguiente cuando volvió a salir el sol y pudimos poner a secar los moldes que quedaban; entonces nos cercioramos de que la mayor parte del trabajo tenía que hacerse de nuevo.

No fatigaré a mis lectores contándoles todos los problemas que pasamos para contratar trabajadores, era el viejo cuento de efusivas ofertas de ayuda y promesas rotas una y otra vez; en algún momento, por unos días, de hecho llegamos a tener cincuenta hombres trabajando, y la siguiente semana nos quedamos sin uno solo. Durante muchos días, nuestro único contacto con el pueblo se mantuvo gracias a los dos muchachitos que nos traían las tortillas que habíamos contratado. Estos animosos pequeñines caminaban solos las doce millas a través del bosque, aunque estaban tan chiquitos que al llegar a las ruinas tenían que ayudarse mutuamente a subir y bajar las escaleras bastante empinadas por las que se entra o se sale de los patios. Tal vez el chocolate y las galletas que recibían de premio tuvieran algo que ver con la persistencia con la que seguían desempeñando su tarea.

El bosque que rodea las ruinas es tan denso como cualquiera de los que vi en Centroamérica y no pudimos limpiar la maleza ni derribar los árboles más que en tres cuartas partes del área comprendida en el plano, pero esto bastó para sacar a la luz todos los edificios principales. Se necesitan dos semanas de sol para que se sequen las hojas una vez que se tira un árbol y, por supuesto, es muy importante que se quemé al mismo tiempo todo el espacio que se ha limpiado, pues como las hojas secas se queman

fácilmente, el intenso calor se encarga de destruir las ramas y las varas más pequeñas; desafortunadamente, no tuvimos dos semanas seguidas sin lluvia, y con cada aguacero que caía las ramas perdían más hojas y disminuía la cantidad de material fácilmente inflamable. Sólo hasta el 15 de abril pudimos prender fuego a toda el área que habíamos limpiado, y como el resultado no fue muy satisfactorio, después tuvimos que dedicar mucho tiempo a amontonar las ramas que el fuego no había consumido y hacer estas quemas secundarias. Naturalmente, los troncos y las ramas más grandes no se consumieron, aunque algunos de los troncos más secos estuvieron ardiendo muchos días.

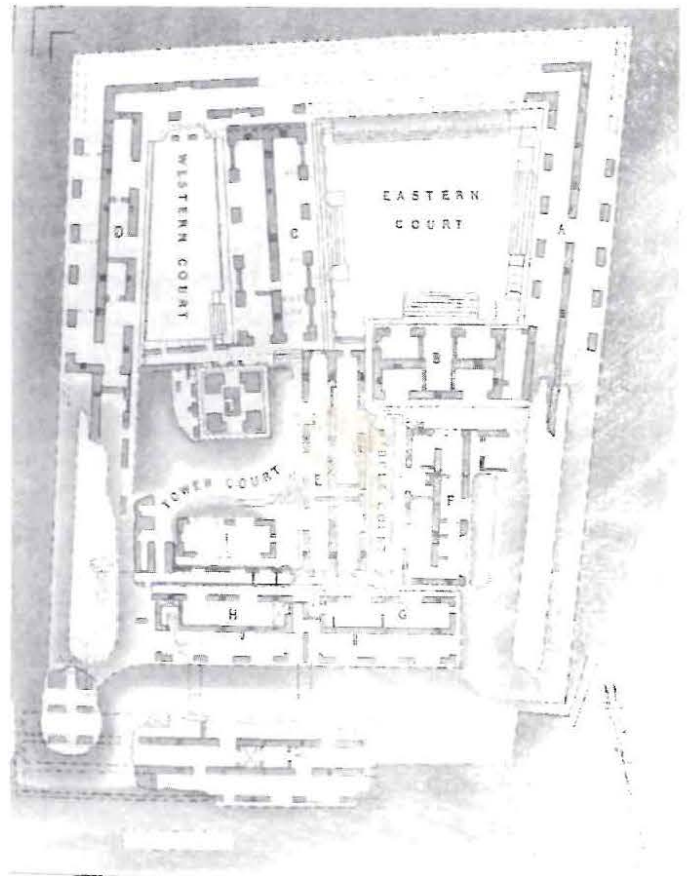
Ésta es una breve descripción de los principales edificios en la que conservo los nombres antiguos, aunque un tanto equívocos, que les dan los vecinos de Santo Domingo. No hay pruebas de que el edificio al que llaman Palacio, del que se ofrece un plano por separado en la siguiente página, se haya usado como la residencia de un gran jefe, y me inclino a considerarlo como una serie de edificios construidos en épocas distintas y dedicados a propósitos religiosos. Ha desaparecido cualquier rastro de escaleras en los taludes externos del basamento, cubiertos como están de piedras y escombros que caen de los edificios superiores. Por su estructura, cada una de las casas que forman el grupo del Palacio no difieren sustancialmente de las descubiertas en Chichén y en Copán; generalmente tienen dos cámaras angostas contiguas, techadas con bóvedas de piedra escorzadas. Los pilares externos de la casa "A" están decorados con figuras humanas moldeadas en estuco duro y rodeadas de un borde ornamental. Los pilares occidentales de las casas "C" y "D" están decorados de la misma manera, y hay muchos otros rasgos de ornamentos similares en los otros edificios, generalmente demasiados destruidos

para descifrar el dibujo. En algunos casos, estos ornamentos se han conservado de manera muy extraña: el agua que constantemente cae en ellos desde arriba cruza la densa capa vegetal en putrefacción que recubre los techos de los edificios, cargándose de ácido carbónico; luego se filtra por las lajas con las que están contruidos el techo y la cornisa, disolviendo parte de la piedra caliza, y depositándola en una formación estalactita al frente de los pilares. El señor Price y yo trabajamos algunas semanas quitando esta incrustación de los bajorrelieves, que iba desde una película difícilmente perceptible hasta cinco o seis pulgadas de grueso. Las partes delgadas eran las más difíciles de tratar, pues eran sumamente duras; en las partes donde el grosor rebasaba las dos pulgadas, a veces bastaba dar unos golpes ligeros con el martillo para quitar piezas de dos o tres pulgadas cuadradas, y en ocasiones tuvimos la suerte de descubrir que bajo ellas los colores que cubrían los ornamentos de estuco aún conservaban su viveza y su brillo.

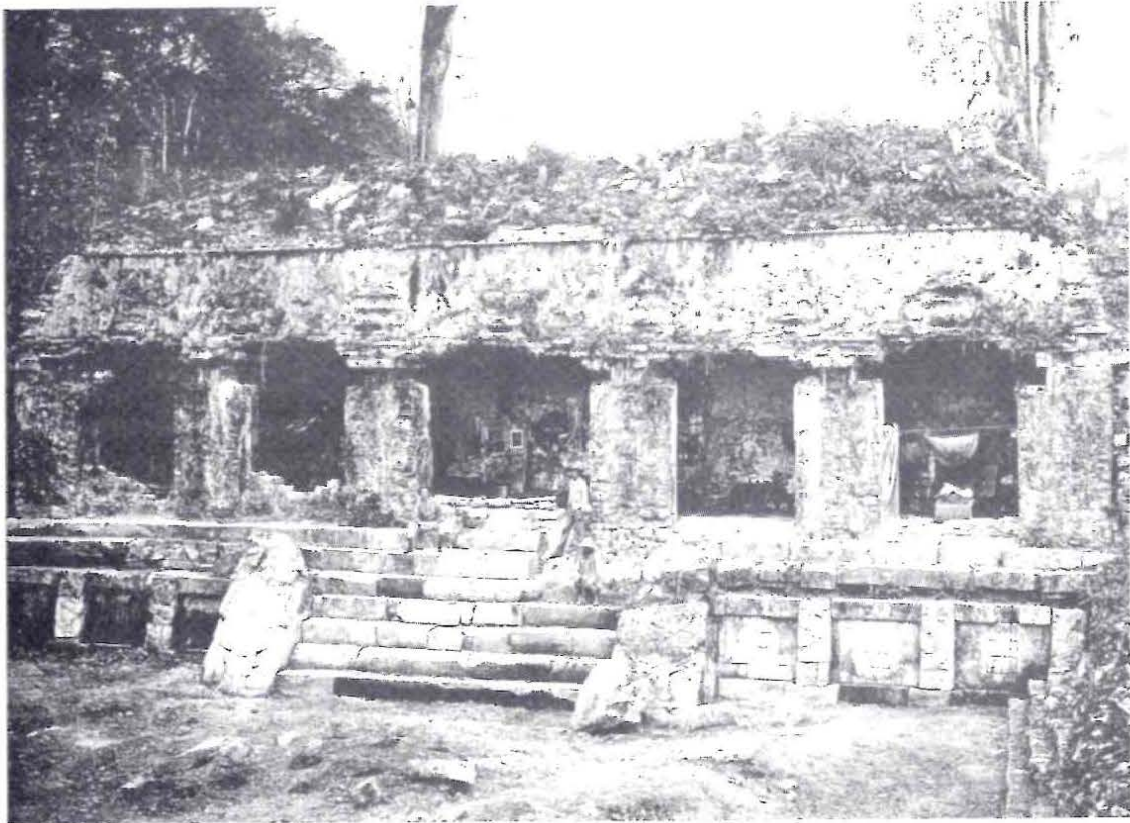
Después de quitar la vegetación, encontramos el patio este tan lleno de desechos procedentes de los edificios medio en ruinas que lo rodean, que en algunos lugares hubo necesidad de excavar hasta cuatro pies, tarea que se nos hizo muy pesada. Se puede uno dar una idea de cómo se veía el patio cuando acabamos de excavar con la fotografía que aparece en la siguiente página (...) La casa situada en el lado norte del patio estaba totalmente en ruinas y gran parte de la mampostería había caído al talud norte del basamento; es muy probable que un terremoto haya sido el causante del daño, pues claramente se ve una grieta que atraviesa el extremo norte del basamento. Desde la mampostería rota se tiene una hermosa vista de la planicie cubierta de bosques que se extiende hacia el norte hasta el Golfo de México.

La casa señalada con una C es el edificio mejor conservado del grupo del Palacio, y fue en el corredor oriental donde nos aposentamos el señor Price y yo, y usamos el corredor occidental como cocina y bodega. La terraza que se encuentra en el lado oeste de la casa señalada con una D era nuestro lugar favorito para pasar la velada, pues allí nos llegaba el viento de la noche y hasta cierto punto escapábamos al ataque de los miles de mosquitos que se convertían en una plaga en cuanto se ponía el sol. En noches de plenilunio, la vista desde esta terraza

del Templo de las Inscripciones, con la alta selva en el fondo, era indescriptiblemente exquisita. La torre, que se muestra en la vista del patio oeste, es un edificio de lo más raro e interesante. Son tres pisos erigidos sobre una sólida cimentación, en cuyo derredor se amontonan muchas cámaras pequeñas ahora en ruinas. El muro exterior tiene grandes aberturas en sus cuatro lados, y encierra un cañón central rectangular de mampostería que contiene la escalera de acceso a los diferentes pisos. Entre el primero y el segundo piso hay uno intermedio con tres cámaras diminutas y un estrecho pasadizo que las comunica sin ninguna abertura al exterior. El piso superior está medio derruido, y toda la estructura estaba en grave peligro de derrumbarse con un fuerte viento debido al peso de los enormes árboles que crecían en ella.



Maudslay exploró la mayor parte del Palacio, hizo un plano del conjunto y señaló con letras las "casas" o recintos del mismo, denominaciones que todavía conservan.



La galería oriental de la Casa C, uno de los recintos mejor conservados del Palacio, fue adaptado por Maudslay como dormitorio durante su estancia en el sitio.

Corriendo el riesgo de accidentarse, mis hombres lograron derribar todos estos árboles, menos uno, y espero que la torre haya quedado a salvo por algunos años. Fue un trabajo muy peligroso, pues los puntos de apoyo no eran seguros y existía el serio peligro de que los árboles al caer desgajaran la mampostería floja. Un solo árbol quedó en pie, pues su caída inevitablemente hubiera dañado el techo de un edificio vecino, por lo que se arrancó al tronco un anillo de la corteza con la esperanza de que así muriera lentamente y se cayera a pedazos.

Los otros edificios del grupo del Palacio no precisan mención aparte; hay en algunos fragmentos de decoraciones pintadas o de ornamentos de estuco, y uno (el "E") tiene empotrado en el muro un medallón de piedra hermosamente esculpido. El rasgo más singular de la mitad sur de este grupo es la existencia de tres pasajes subterráneos que conducen a tres largas cámaras paralelas, dos de ellas encerradas en el basamento y la tercera con puertas hacia el talud sur. Las entradas a dos de los pasajes habían sido cegadas a propósito, y parte de una de las cámaras se había tapiado y relleno, probablemente a fin de dar un cimientto seguro a un edificio que se levantaría sobre ella. Ambos pasajes y cámaras se marcan en el plano con líneas punteadas, pero una

parte de las paredes de las últimas (rodeada por una línea ondulada) se señala con tinta.

Al suroeste del Palacio se encuentra el Templo de las Inscripciones, construido en un basamento que se apoya en una estribación de las colinas. El edificio mismo es hermoso, y tiene una decoración exterior muy esmerada, pero es particularmente interesante por sus tres tableros de piedra, dos empotrados en el muro de en medio y uno en el muro posterior del edificio, en el que hay esculpida una inscripción de seiscientos glifos, la inscripción continua más larga de todas las que se han encontrado hasta ahora en América Central.

Al este del Templo de las Inscripciones, del otro lado del arroyo, hay otros tres templos, que están señalados en el plano como el Templo de la Cruz, de la Cruz Foliada y del Sol. Los tres están construidos siguiendo en gran medida el mismo plan. Todo el friso y los pilares de la fachada [del Templo del Sol] están esmeradamente ornamentados con inscripciones y figuras de estuco, de las que ya no queda mucho. En el techo, sobre el muro que divide los dos corredores, hay una superestructura ornamental (rasgo común a todos los edificios de este tipo) formada por una ligera estructura de piedra que sirve de apoyo a algunas figuras y otros ornamentos

moldeados en estuco, El corredor interno en los tres templos está dividido en tres pequeñas cámaras mediante muros transversales, y en la cámara de en medio, que se construyó tomando como apoyo el muro posterior, está el Santuario. El exterior del Santuario tiene una suntuosa decoración esculpida en piedra y moldeada en estuco, pero el único ornamento que hoy puede verse en el interior es el tablero de piedra esculpida empotrado en el muro posterior.

Los tablero esculpidos en el santuario del Templo de la Cruz Foliada y en el del Sol se encuentran todavía intactos en sus posiciones originales; pero el tablero del Templo de la Cruz, al que los arqueólogos probablemente han dedicado mayor atención que a cualquier otro monumento del arte maya, no ha corrido con tanta suerte. Solamente la piedra a la izquierda del espectador está en su lugar; la piedra central, después de haber sido arrancada de su lugar, partida a la mitad y haber permanecido a la intemperie por muchos años, finalmente ha encontrado un lugar en el Museo de la Ciudad de México; la piedra derecha, luego de que fue rota en pedazos, ha sido pegada con gran cuidado

y habilidad, y actualmente se exhibe en el Museo Nacional en Washington.

El "acueducto" es un túnel con techo de piedra destinado a recibir el agua del pequeño arroyo que corre entre las ruinas. Lamentablemente, el extremo superior del túnel está algo tapado y parte del agua se abre paso por la superficie e inunda la plaza después de los aguaceros. Con Palenque ocurre igual que con Copán y Quiriguá: no tenemos ningún conocimiento de que sea un pueblo vivo. Los españoles se enteraron por primera vez de la existencia de las ruinas a mediados del siglo XVIII, y antes de que hubiera concluido el siglo ya habían sido inspeccionadas y se habían presentado informes sobre ellas ante la instancia del Gobierno Colonial. Que estas inspecciones se llevaron a cabo con cierta desconsideración y que pueden ser la causa de parte del daño sufrido por los edificios se demuestra en la siguiente cita del informe firmado por Antonio del Río:

Estaba seguro de que para tener una idea de los primeros habitantes y las antigüedades relacionadas con sus instituciones sería indispensable hacer varias excavaciones... A fuerza de perseverancia



La esquina sureste del Palacio de Palenque, después de los trabajos de desmonte, 1891. La foto fue tomada por Maudslay desde la plataforma sobre la que descansa el Grupo de las Cruces.

hice todo lo que se necesitaba hacer, de modo que finalmente no quedó ni una ventana, ni una puerta tapiada, ni una división que no se derribara, ni habitación, corredor, patio, torre, ni pasaje subterráneo donde no se hicieran excavaciones de dos a tres yardas de profundidad.

En el presente siglo, los viajeros han visitado las ruinas con frecuencia, y se han publicado muchas descripciones de ellas: entre las mejor conocidas están las de Dupaix, Waldeck, Stephens y Catherwood, Morelet y Charnay. Sin embargo, aún queda mucho que hacer: todavía no se ha limpiado ninguno de los basamentos de los escombros que cubren los taludes, y se ha puesto muy poca atención a las tumbas y los túmulos, que según sé son muy numerosos y creo que resultarán de lo más interesantes. Ahora que se han derribado los árboles más pesados que rodeaban al edificio principal, el trabajo de investigación será un tanto más fácil, pero la vegetación crece a tal velocidad que el visitante siempre tendrá que hacer una buena labor de limpieza antes de poder tener una vista satisfactoria de los edificios. El señor W. H. Holmes, del Field Columbian Museum de Chicago, quien visitó las ruinas en 1895, sólo cuatro años después de que yo las había limpiado, me escribió diciéndome que había tenido que usar mapa y compás, y abrirse camino de un edificio a otro, porque una densa vegetación de más de veinte pies de alto los ocultaba completamente de la vista.



Maudslay encontró que los edificios de Palenque, habitualmente dotados de doble crujía abovedada, eran semejantes a los de Chichén Itzá, Yucatán. Esta foto, una de las más conocidas del arqueólogo inglés, lo muestra en la habitación que improvisó en el Edificio de Las Monjas de Chichén.